

## El diablo en su caballo



*L*a Mami Flora vive en la majada La Cantera, al sur de la ciudad de Vallenar. Ahí ella cría cabras, gallinas, chanchos, conejos y burros. Le decimos Mami, porque nunca ha querido que la llamemos abuela.

*Ella es muy especial, tiene tantas historias como años sobre sus hombros. Esta es una de esas veces en las cuales, como siempre, guardamos silencio y nos dejamos envolver por su voz llena de magia.*

Yo era una niña, creo que tenía unos 11 ó 12 años. Vivía con mi mamita y mis hermanos, el Lázaro y el Melqui, en la majada El Molle. Nosotros éramos los más chicos, porque mis hermanas Gala y la Berta ya se habían casado. La Gala vivía cerca, pero la Berta se había ido a la mina La Abundancia, por allá por Camarones, el mineral de plata y cobre que años antes había sido muy grande. Incluso ahí había hasta pulpería, pero por ese entonces quedaban las puras ruinas y unas cuantas minas que aprovechaban los pirquineros.



Entre esos pirquineros estaba mi cuñado Manuel, marido de la Berta, pero él era tan bueno pa'ndar tomando que lo poco que ganaba se le iba en puro vicio, así que la Berta pasaba harta necesidad, y mi mamita vivía preocupa' por ella, por eso siempre me mandaba a dejarle alguna cosa. Claro que antes no era como ahora, cuando las mamás mandaban, uno tenía que obedecer al tiro y na' de andar rezongando, fuera lo que fuera que te mandaran a hacer, uno lo hacía. Y así pu', mi mamita un día de los tantos se puso a arreglar unas cosas para mi hermana, la Berta, y sin preguntar na', me dijo: "Oye Flora, vai a ir a dejarle un poco de hierba, harina y azúcar a tu hermana".

Yo callá' obedecí y aunque el sol ya se había puesto, ni tonta reclamar que era tarde pa' ir y volver. Así que ensillé al Calchilla, un burro que teníamos bien mansito, y era bien difícil que se espantara con algo. Yo me sentía bien segura cuando andaba en él, le arreglé la alforja con los víveres y llamé al Pichintún, mi perro, que nunca me dejaba y me cuidaba como hueso santo cuando yo andaba por el cerro. Y me fui po', me demoré en llegar, porque los caminos eran malos, caminos de arrieros nomás. Cuando llegué a Camarones, allá estaba la Berta, había hecho unas tortillas de pacul y las tenía en la parrilla... ¡pacul, pu'!, esas semillitas que ustedes recogen pa' hacer con azúcar quemá', pero en esos tiempos cuando uno no tenía pan las molía en piedra, después con un poco de agua quedaban como manjar de campo y bien cocidas eran capaz de tentar al diablo. Cuando me vio, la Berta se puso contenta y me ofreció un tecito. Yo comí rapidito porque estaba cayendo la noche y tenía que volver y mi vieja era jodía', y no aguantaba que uno se quedara en las casas. No como los niñitos de ahora que se amanecen en la calle y no les importa ni una cuestión, así que la Berta me alistó una tortilla de las que había hecho en la alforja: "Es pa' la mamita" -me dijo- "pa' que tome mate, y te apurai pa' que no se te haga de noche"- terminó diciéndome.

Salí rapidito de ahí pa' alcanzar un poco de sol, pero a mitad de camino se me vino la oscuridad, empezaron a salir las primeras estrellas y la noche se vino encima como una mina vieja sin lámparas. Yo arriaba al Calchilla pa' que se apurara, pero el burro caminaba despacito, y entre



tiras y aflojas llegué hasta el portezuelo del Romero, y bajé pensando que sería mejor irme por la quebrá', pa' evitar encontrarme con algún minero, porque habían hartos por ahí y, según mi mamita, uno tenía que alejarse de ellos, porque no conocía las intenciones de toda la gente, y yo que era niña nomás. Ahí empezó la noche más larga de toda mi vida. No alcancé ni siquiera a avanzar un metro cuando de repente sentí un roda'ó de piedras y una sonajera de riendas detrás de mí. La piel se me puso de gallina y un escalofrío me recorrió completa, pero como mi mamita siempre decía:

- "Cuando anden por ahí y sientan lo que sea, nunca ¡pero nunca miren pa'trás! porque puede ser cualquier cosa mala y si la miran de frente pueden hasta perder la vida".

Así que no sé cómo le di rienda al Calchilla y de vez en cuando le apretaba las costillas con los talones pa' que se apurara, pero parecía que el Calchilla no me entendía, porque cada vez me sentía más cerca de ese huaso a caballo que me seguía sin siquiera decir una palabra. Me siguió metros y yo de reajo podía ver que el caballo era negrito y que de las riendas le salían chispas amarillentas, lo mismo que de las herraduras. El hombre que montaba ese animal era grande y no era de este mundo, porque aunque yo no podía verlo, sentía que no era algo bueno, además que el Pinchintún gemía como si alguien le hubiese pega'ó, pero nunca se apartaba de mi lado.

No sé cuánto camino recorrí, pero ese trecho fue el más largo que nunca había andado, el Diablo y su caballo estaban tras de mí y yo sin siquiera poder pronunciar ni una palabra. Yo creo que me siguió como una media hora, nunca miré, pero podía sentir el resuello caliente y húmedo por la espalda, y así fue por toda la quebrá'. Cuando llegamos a media falda del cerro, donde hay unas piedras negras grandes, sentí como si venía una tropa de caballos rodando... como si un cerro se me venía encima y un viento fuerte con olor a azufre me entró por la nariz. Sentí un miedo grande y quedé como hipnotizada, me caí del burro con montura y todo, me acuerdo que traté de agarrarla, pero no pude y en mi inconsciencia busqué la alforja con la tortilla de pacul y no estaba, era como si alguien la hubiese saca'ó del burro: todo era muy terrible.



Al rato me paré como pude y me quedé como paraliza' sin pensamientos ni nada, no sé cuánto rato estuve así, a lo lejos sentía una voz que me gritaba: ¡Flora!, ¡Flora! pero no podía contestar, estaba muda e ida...

Lo que me dijeron después fue que mi hermano Melqui me encontró al aclarar y que estuve tres días sin decir una palabra. En la casa pensaban que algún hombre me había hecho algo, pero no pu', si lo que yo había vivido esa noche nunca más se me olvidará, incluso ahora que ya estoy vieja...

Esa noche me había seguido el Diablo en su caballo y de seguro el muy sinvergüenza se habrá chupado los bigotes con la tortilla de pacul que me robó. 🌷

Este texto forma parte de una antología del concurso literario "Historias de Nuestra Tierra", de Fucoa (Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro). Todos los derechos reservados.

Su autor es Felipe Andrés Muñoz Molina. Envío el cuento al concurso estando en 3º Medio del Liceo B N°8 José Santos Ossa, Vallenar, región de Atacama.